Lo que hemos d

Alberto Morales Bejarano (*)

Un día si y otro también los que trabajamos desde los sectores social, salud y educación somos testigos en primera fila de un acumulativo abandono de las necesidades de adolescentes y jóvenes. La consecuencia es una también acumulativa desesperanza que se traduce en conductas que, como una olla de presión, solo espera el momento para estallar si no emprendemos acciones para descomprimirla.

Menciono cuatro de los problemas que son ejemplos de este abandono y que cada vez más golpean a la población adolescente y joven.

Embarazo y maternidad adolescente. Las cifras son contundentes; desde la década de los 80, un 20% casi constante de embarazos sigue dándose en adolescentes, siendo que el 86% de los "embarazadores" son adultos. El grupo mayor de las adolescentes que se embarazan se ubican entre los 14 y 16 años; sin embargo, en el 2007, producto de abuso sexual, 4 adolescentes de 11 años fueron embarazadas, 16 a los 12 años y 102 a los 13 años.

Lo anterior plantea que si queremos hacer verdadera prevención, a través de una educación sexual orientada a la protección, ésta debe iniciarse en la escuela, y los ejes fundamentales deberían ser la dignidad humana, la afectividad y la transmisión de información científica basada en la evidencia.

Expulsión escolar. Las cifras que dan cuenta de un 50% de adolescentes entre los 13 y 17 años fuera del sistema escolar siguen siendo actuales. Lo anterior resulta paradójico a la luz de los datos del Banco Mundial, de que al menos 12 años de educación formal son necesarios para evitar la pobreza. La situación se torna más crítica cuando se compara con países desarrollados, en donde el 85% de los adolescentes terminan secundaria y el 60% van a la universidad, en contraste con nuestros países, donde el 49% terminan secundaria y solo el 7% va a las universidades.

Aquellas instituciones financieras y los gobiernos de turno (administraciones Monge, Arias y siguientes) dijeron que esos acuerdos eran imprescindibles para procurar ahorros (al no tener que invertir en el área de granos básicos por lo caro de producirlos); reasumir el pago de la deuda externa (mediante la exportación de productos agrícolas novedosos bajo el Programa de "Agricultura de Cambio"); colocar al país dentro de la nueva especialización internacional (en la que los granos básicos no tendrían cabida); y un cambio de rumbo del CNP que respondiera a ese paradigma.

Pero los resultados fueron muy distintos a esa retórica: los precios de importación subieron, el mercado interno fue inundado con granos de

Sin admitirlo explícitamente, hoy día el FMI y el BM reconocen el error -doctrinario diría yo- de haber provocado el desabastecimiento interno en cuantos países promovieron la liberalización de la importación de alimentos y el debilitamiento de la producción local. El primero afirma que "los gobiernos deben intervenir en forma 'urgente' para evitar que la crisis hunda aún más en la pobreza a 100 millones de personas", y el segundo asevera: "Si los precios de los alimentos siguen el camino que llevan hoy, las consecuencias serán terribles..." (*La Nación, 14/4/08*). Un *mea culpa* humilde y oportuno, que los discípulos locales deberían emular. ¡Es hora de volver los ojos al CNP! ¡Hay que revivirlo!

**Politólogo y Administrador*

ejado de hacer

Además, en nuestro país, de los estudiantes de colegios públicos que presentan el examen de admisión a la universidad estatal lo aprueban solo el 58% versus el 82.5 % que provienen de colegios privados. ¿No es esta una de las causas del incremento de la desigualdad? Lo dice un informe de la CEPAL: "..la escuela actúa más bien como mecanismo de diferenciación social que asienta las desigualdades que posteriormente se reproducen en el mercado de trabajo".

Por otro lado, para que el sistema funcione, el ser maestro o profesor debería ser "una profesión muy bien remunerada, estable, estimulada, y altamente valorada por la sociedad" (Kliksberg), sin embargo en nuestro país hay una tendencia a subestimarla (véase el mal manejo de la pasada huelga de profesores de secundaria).

Pandillas juveniles y maras. Lo que vemos que empieza como organizaciones de adolescentes/jóvenes, independientes, cuyo fin es afirmar su identidad, obtener reconocimiento social y asegurar su supervivencia; está transformándose paulatinamente en organizaciones vinculadas al poder territorial, recurriendo frecuentemente a la violencia y a cometer actos delictivos; como resultado de condiciones favorecedoras que lo acentúan (medio excluyente, hostil e indiferente).

Ante esta realidad la respuesta social ha sido la represión e inculcar en la población el miedo, que fomenta respuestas violentas, sin que se genere una política estatal clara que aborde esta realidad creciente.

Salud adolescente/juvenil. Para finalizar, quisiera llamar la atención acerca de cómo este sector es el de menor cobertura de calidad dentro de la seguridad social (22%) y sobre la ausencia casi total de un programa efectivo de atención integral, que de respuesta a las también acumulativas necesidades en salud de esta población.

**Jefe Clínica de Adolescentes*
Hospital Nacional de Niños.